

Carta de Rusia

En este año del milenio de los cristianos rusos¹.

CARTA 1989

Invitado por el patriarcado de la Iglesia ortodoxa rusa, el hermano Roger participó en las celebraciones del milenio del bautismo de la Rus', del 4 al 17 de junio de 1988 en Moscú, Zagorsk, Iaroslavl, y también en Kiev, Ucrania (Rus' es el nombre antiguo que designa con una sola palabra a las actuales Ucrania, Rusia y Bielorusia. La CARTA DE RUSIA, traducida en 30 lenguas, ha sido escrita para ser leída y meditada en TAIZE durante las 40 SEMANAS DE ENCUENTROS INTERCONTINENTALES que, desde el 4 de febrero al 12 de noviembre de 1989, reunirán semana tras semana a jóvenes de 35 a 60 naciones a la vez. Esta CARTA ha sido publicada con ocasión de los encuentros de MADRÁS (27-31 de diciembre de 1988) y de PARÍS (30 de diciembre de 1988-4 de enero de 1989). En París, de los 33.000 participantes, 8.500 proceden de Europa Oriental.

Belleza antigua y siempre nueva: por su vida dada, son multitudes, a través de todos los pueblos de la tierra, quienes atestiguan que el ser humano no ha sido creado para la desesperanza.

Cuando el fracaso, las pruebas, los desánimos pesan demasiado sobre las espaldas, ¿cómo recordar siempre una de las realidades más esenciales para toda la existencia? Esa realidad se engendra en el interior de la persona humana. Lleva el nombre de paz del corazón.

Esa paz de las profundidades reanima una comunión a veces adormecida. Y se alza el gran asombro. Se despiertan alegrías inesperadas, una sencillez de vida, un soplo poético y, para quienes pueden comprenderlo, una visión mística del ser humano.

En la paz del corazón se disipan las inquietudes sobre ti mismo e incluso descubres hasta qué punto te realizas en una vida dada. Ahí, renovadamente, recibes como de golpe el sentido de la vida.²

Te interrogas: ¿pero dónde está la fuente para tomar un tal impulso?

Está en la misteriosa presencia de un amor.

Si supieras que Dios viene siempre a ti... Lo más importante para ti es descubrir que él te ama.³ Ahí está la fuente.⁴ Y su amor es presencia y perdón.

Porque su perdón irradia la confianza, la paz del corazón es posible e incluso segura.

El te ama aún cuando piensas que no le amas. Y llegará un día en que le dirás: te amo, quizás no como quisiera, pero te amo.

Al final de este siglo XX, una luz de Evangelio recubierta por el polvo de los años ha sido puesta en evidencia para todo ser humano, incluso si éste lo ignora, el Resucitado está presente.⁵

En el asombro de una comunión, en lo recóndito de tu alma, él mora, en lo recóndito de ti mismo, él desciende.⁶ Su presencia es tan clara como tu propia existencia.

¿Llegas a dudar de ello? Sin embargo, tu fidelidad está ahí. La duda puede que no sea más que el revés de la fe.⁷ Y, en tus noches, la sed de su presencia hace brotar un fulgor, una luz interior.

SEÑOR CRISTO, si hay en nosotros heridas, hay sobre todo el milagro de tu misteriosa presencia. De esta manera, aligerados, o incluso liberados, caminamos contigo, Cristo, apoyándonos en tu palabra: «Mi paz os doy, que vuestro corazón cese de turbarse y de temer».⁸

Por medio de su Espíritu Santo, el Resucitado atraviesa, para transfigurarlo, lo más desconcertante de ti. Alcanza lo inalcanzable. Los pesimismo que llevas sobre ti se disuelven. Aleja las impresiones sombrías que pueden venir de tu imaginación. Y se aclara una paz del corazón.

Canta, alma mía: yo soy de Cristo, yo pertenezco a Cristo.⁹ La transfiguración del ser, imperceptible cambio interior, continúa a lo largo de la existencia. Ella hace vivir en el momento presente, hace de cada día un hoy de Dios.¹⁰ Ya en la tierra, es el comienzo de tu resurrección, el inicio de una vida que no tiene fin.¹¹

¿Has llegado a pensar que Su amor en ti había sido cubierto por las arenas de un desierto? Desiertos interiores, los hay. Pero, ¿es necesario detenerse en ellos? Sobre una tierra árida florece el almendro... Y si hubiera menos desiertos que lo que uno supone...

En los dos hemisferios, lo que interroga a una humanidad joven, es el hacer de la tierra un lugar habitable para todos.¹²

¿Conoces pues todos tus recursos interiores para participar en ello? En una peregrinación de confianza a través de la tierra, vida interior y solidaridades humanas no se oponen en nada.

¿Quién podría mantener los ojos cerrados frente a todo lo que agrede a los desafortunados, a los pobres de la tierra? Y, allí donde la creación está herida, ¿quién permanecerá indiferente?¹³

JESÚS RESUCITADO, a veces me ves desorientado, como extranjero en la tierra. Pero una sed llena mi alma, ella es espera de tu presencia. Y mi corazón permanece en la inquietud hasta que deposite en ti, Cristo, todo lo que pesaba sobre él y lo retenía solitario, lejos de ti, Jesús, mi alegría, mi esperanza, mi vida.

De la paz del corazón brotan, espontáneamente, pequeñas alegrías, felicidades inesperadas.

«La alegría del corazón es la vida del hombre»¹⁴: esto ya fue un descubrimiento de un creyente antes de la venida de Cristo. Y en el comienzo del Evangelio, ¿no se encuentra ya el «dichoso» de las bienaventuranzas?¹⁵

Atrévete a alegrarte plenamente con lo que Dios realiza en ti y en torno a ti.¹⁶

¿Estarás turbado por una situación? ¿Te encontrarás desconsiderado y humillado por una persona? En este instante, sin esperar, encuentra la paz del corazón, confiando a Dios lo que te ha desconcertado, o incluso herido. Sumirse en la inquietud nunca ha sido un camino de Evangelio.

La paz de tu corazón hace la vida hermosa a quienes te rodean. Y con toda seguridad, cuando una comunidad, pequeña o grande, llega a ser un abismo de bondad, da más credibilidad al Evangelio.

¿Pasarás por la gran prueba, la de una ruptura afectiva, o incluso, que tus intenciones más límpidas sean desfiguradas? He aquí que Jesús pronuncia la bienaventuranza más asombrosa: «Dichosos seréis cuando digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.»¹⁷

Para cada uno, Cristo quiere una alegría, una felicidad de Evangelio... y siempre está con quien consiente ir hasta el extremo del don de sí.

UN DÍA, EN ASIA, vi a un leproso levantar los brazos con lo que le quedaba de manos y ponerse a cantar estas palabras: Dios no me ha castigado, le canto porque mi enfermedad se ha transformado en una visita de Dios. En su desgracia, tuvo esa sorprendente intuición: el sufrimiento no viene de Dios, Dios no es el autor del mal, él no es un atormentador de la conciencia humana. Más, Dios nunca asiste pasivamente a la pena de nadie, sufre con cada uno. Sí, hay un dolor de Dios, un dolor de Cristo.¹⁸

¡Que cante tu corazón! El espíritu de la alabanza¹⁹ toma vida allí donde la belleza sencilla de una oración común transmite la «alegría del cielo en la tierra».²⁰ Ahí tu discernes la comunión en el Cuerpo de Cristo, su Iglesia, junto con María, los apóstoles y quienes buscan a Jesús, el Resucitado.²¹ Y te verás restablecido en la paz del corazón, incluso en medio de las situaciones más desconcertantes.

Dios nunca nos sitúa en el tiempo del temor, sino en el tiempo de la confianza.²² El Evangelio no trae consigo una mirada pesimista sobre el ser humano. Dichoso quien, del Resucitado, toma una paz del corazón que nunca pasará, que nunca se agotará; una alegría inesperada.

Si en todos hay heridas, nunca lo olvides, hay sobre todo el milagro de la misteriosa presencia de Su amor. «Belleza antigua y siempre nueva... yo estoy abrasado por tu paz.»²³

1 EN LAS IGLESIAS RUSAS, la oración común, la profundidad del coro en los cantos, los iconos, la luminaria, el incienso, todo está llamado a hacer discernir la «alegría del cielo en la tierra». El ser en su globalidad es alcanzado no

sólo en su inteligencia, sino en sus profundidades, en su propio cuerpo. Los iconos son como ventanas que se abren • hacia las realidades del Reino de Dios y las hacen presentes en nuestra oración en la tierra. Dejan entrever, transfigurados a quienes ya han resucitado.

El secreto del alma cristiana rusa se encuentra sobre todo en la espera de la resurrección. Y, a través de su Espíritu Santo, el Resucitado, presente en cada uno, realiza poco a poco como una transfiguración del ser humano. De ahí los cristianos rusos, a lo largo de su historia, han alimentado toda su vida interior y han sacado energías para amar atravesando, tanto los períodos apacibles como los tiempos de las mayores pruebas. Por su confianza en la resurrección, ellos nos fortalecen en lo esencial de lo esencial de la fe.

2 Viendo en Taizé a tantos rostros de jóvenes, quisiéramos que ellos descubrieran un sentido a su vida. Lo importante pues, es que sean escuchados con discernimiento y con confianza. Discernimiento y confianza son inseparables, se apoyan uno al otro. Escucharles con desinterés, es como una mayéutica para que, por medio de un nacimiento interior, descubran sus dones y les dejen desarrollarse.

3 Antes de morir, Dostoievski llama a sus hijos y les dice: «Tened una absoluta confianza en Dios y no desesperéis nunca de su perdón. Os amo, pero mi amor no es nada al lado del inmenso amor de Dios por los hombres, sus criaturas.» Luego les besa y les da su bendición.

4 Somos amados por Dios como Dios ama a Cristo. Jesús dice en una oración «Los has amado a ellos como tú me has amado a mí» (Jn 17, 23). Bautizados en Cristo, «nos hemos revestido de Cristo» (Gal 3, 27) y a cada uno Dios dirige esta palabra que Jesús oyó en el momento de su bautismo: «Tú eres mi Hijo amado, en ti encuentro mi alegría» (Mc 1, 11). A partir de ahí, toda una corriente mística ha expresado esa confianza: Dios me ama en su Hijo único, me ama como su Hijo único sin ninguna diferencia.

5 El Hijo de Dios, en cierto modo, está unido a todo hombre... Y ello es cierto no solamente para quienes creen en Cristo... El Espíritu Santo ofrece a todos, de una manera que Dios conoce, la posibilidad de estar asociados al misterio pascual.» (Gaudium et Spes 22, 2. 1965)

6 En esa comunión irremplazable, «orar constantemente» (I Tes 5, 1-7) no significa forzosamente expresarse por medio de palabras. La oración es una realidad muy amplia. Las palabras no son más que una pequeña parte de ella. Esta se realiza también con pensamientos, imágenes, evocaciones, emociones. Cuando trabajamos, cuando descansamos, la oración prosigue interiormente. Verdad es que la oración necesita a veces muchas palabras para expresar todo a Dios. Pero querer explicitar a todo precio, ¿no será acaso entorpecer una comunión con Dios? Sin forzar los labios, la oración encuentra otras expresiones, gestos humildes, símbolos, el signo de la cruz, el gesto del ofrecimiento de nuestra vida colocando la frente en el suelo... Y he aquí que en un momento dado la oración se vuelve un simple descanso en Dios para nuestro corazón, en el silencio. Ese silencio puede estar privado de imágenes y de pensamientos, a veces está colmado del sentimiento de la presencia del Resucitado, de su Espíritu Santo.

7 La fe, la confianza en Dios, es una realidad muy sencilla, tan sencilla que todos pueden acogerla. Si se necesitara una gran inteligencia para ser comprendida, ésta se reservaría a una élite de privilegiados. Nadie, por sí solo, puede comprender la fe en su totalidad (cf 1 Cor 13, 1-2). Cada uno comprende una parte más o menos grande de ella. Ello supone que cada uno se apoye en la confianza de todos los testigos de Cristo; desde María y los Apóstoles hasta hoy, en ese misterio de comunión que es la Iglesia, el «Cristo de comunión». Ello supone que cada uno se disponga interiormente día tras día a poner su confianza en el Misterio de la Fe. Cuando Pablo, el apóstol, habla del Misterio de la Fe, deja entender que se trata de Cristo, tal como es creído y amado en la Iglesia (I Tim 3, 9.15-16).

8 Jn 14, 27

9 Para rezar, algunos cristianos rusos, durante su vida, susurran, con voz inteligible o no, al ritmo de su respiración, la oración del Nombre de Jesús. Sencillas oraciones, a veces una sola palabra, llegan hasta el fondo del ser. Cada mañana al despertar, es posible recordarlo: «Yo soy de Cristo, yo pertenezco a Cristo» o bien: «Jesús nuestra paz, paz del corazón».

10 Dios, que es nuestro porvenir y nos espera en una alegría para siempre, no cesa de venir a nuestro encuentro. Se hace nuestro presente y da sentido a ese presente.

Pero a menudo el ser humano huye del momento presente y se fija en el pasado o en el futuro. En el pasado su memoria se detiene demasiado en los sucesos amargos, a pesar de todas las alegrías vividas. Y si en el futuro está la gran esperanza humana, su espíritu se arraiga en los temores de las pruebas a venir. En la confianza del corazón, podemos saberlo, el pasado está oculto en el perdón de Dios, en el perdón que nos damos unos a otros, y del futuro Dios ya se ocupa.

11 San Serafín de Sarov (1759-1833) escribía: «Si percibimos a Dios en lo que nos es dado en el momento presente, ahí saboreamos un comienzo de la alegría futura.» Ese místico ruso estaba tan impregnado de la realidad de la resurrección, que acogía a los peregrinos con estas palabras: «¡Alegría mía, Cristo ha resucitado!».

12 «Una convicción forma parte de la enseñanza y de la práctica más antigua de la Iglesia: la convicción de aliviar por vocación (ella misma, suministros, y cada uno de sus miembros) la miseria de quienes sufren, lejos o cerca. Y ello no solamente con lo «superfluo» sino también con lo «necesario». No se puede preferir la ornamentación superflua de las iglesias y de los objetos preciosos de culto a la ayuda mutua en caso de necesidad. Podría ser incluso obligatorio alienar esos bienes para dar pan, bebida, vestido y una casa a quienes se encuentran privados de ello.» (Juan Pablo II, Sollicitudo Rei socialis, 1988)

13 Ver a este respecto, páginas 5 y 6, los dos encuentros recientes, uno con el secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuellar, en Ginebra, el 5 de julio, y el otro en la UNESCO, el 21 de septiembre, con el director general, Federico Mayor, y los ministros de Educación de Europa Oriental y Occidental.

14 Eclesiástico 30, 22

15 Mt 5, 1-12

16 Algunos testigos de Cristo conducen a vivir ese espíritu de las bienaventuranzas. Hace treinta años, el Papa Juan XXIII comenzaba su ministerio. Con la sencillez de su corazón, ese hombre sabía alegrarse con lo que Dios realizaba a través de él. Ponía sobre los otros y también sobre sí una mirada de paz que construía el ser interior. Era el hombre de la primera bienaventuranza. Durante los años 1970, conmociones inexplicables modificaron algo en la conciencia de muchos cristianos. Actualmente es como si algunos no se hubieran podido reponer completamente de estas conmociones. Muchos juicios intransigentes han sido dirigidos contra esa comunión que es la Iglesia. Ello ha dejado un rastro de temor, como si no hubiera que regocijarse por lo que Dios realiza a través de la fe de los demás o de la suya propia. Las espontaneidades de la fe han salido afectadas. Algunos han llegado al extremo de autodenigrarse, con una pérdida de estima de sí mismos. Ya no creen en el valor de lo que viven.

17 Mt 15, 12

18 DIOS SUFRE CON los inocentes que conocen la prueba incomprensible. Dios sufre con el pueblo de ARMENIA. Dios nunca es el autor de los cataclismos. Un día, el profeta Elías va al desierto para escuchar a Dios (I Re 19). Un huracán se desata, seguido de un temblor de tierra, luego un fuego violento. Pero Elías comprende que Dios no se encuentra en esos desenfrenos de la naturaleza. Quizás es una de las primeras veces en la historia que se ha escrito una intuición tan límpida: Dios no se impone por medio de la violencia, no se expresa a través de medios poderosos que atemorizan. Hoy como ayer, Dios no es el autor de la guerra, de los seísmos, de las desgracias, Dios no quiere el sufrimiento ni la desgracia humana.

19 «Alabado sea el Señor y soy liberado del adversario» (Sal 18). El espíritu de la alabanza se ofrece para ir hacia adelante. Cuando decimos a Cristo nuestro agradecimiento por lo que él realiza a través de nosotros y a través de los demás, el «adversario» se aleja. ¿Quién es ese adversario? Tiene algunos nombres: severidades, desesperación y ese pesimismo que da a menudo una apariencia de autoridad a quienes lo profesan.

20 En una civilización tecnificada donde la eficacia es tan perseguida (y que es a menudo un bien), muchos se sienten atrapados por los ritmos anónimos de programas y de horarios. Tienen sed de la realidad esencial, de signos de lo invisible. Si el edificio de una iglesia les parece a imagen de una construcción funcional, si además la oración común les parece monótona, a veces mecánica, algunos se aburren. Y ese aburrimiento es un sufrimiento espiritual. La oración común, la liturgia, está llamada a dejar presentir algo de las realidades del Reino de Dios. Ahí los cristianos rusos aportan un apoyo incomparable.

21 La confianza en la resurrección hace comprender que la comunión que une a todos los creyentes, la «comunión de los santos», no se interrumpe con la muerte. Con sencillez de corazón, podemos decir a quienes nos han precedido y que están cerca de Dios: reza por mí, reza conmigo. Sus oraciones contaron en nuestra vida. Al momento de su muerte, ¿cómo podríamos dejar de confiar en sus oraciones?

22 Si hay seres humanos agobiados, amenazados a veces, por el enorme peso de los miedos, ello viene de situaciones humanas, nunca de Dios.

23 San Agustín, Confesiones, X, XXVII.

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr